

¿QUE DEBE ENTENDERSE POR LITERATURA NACIONAL?

T. Klaniczay

Han sido las diferentes historias literarias nacionales las que han definido el concepto de literatura nacional, con vistas a fijar algunos principios capaces de determinar la pertenencia de este o aquel escritor a una u otra literatura. Los especialistas de las diferentes literaturas, generalmente voceros conscientes de su nación, no han tratado, sin embargo, de dar una definición general de este concepto, ni de fijar principios de orden universal; se han contentado con responder al problema de saber lo que se entiende por literatura alemana, americana, italiana, polaca, etc.; han tomado como punto de partida en la mayor parte de los casos, la lengua, como criterio determinante. Para ellos, la literatura nacional italiana es aquella en lengua italiana, y la literatura nacional polaca, aquella en lengua polaca. No obstante, a la hora de determinar la literatura americana, brasileña, etc., han tenido en cuenta, ante todo, el criterio geográfico, la diversidad territorial. Asimismo, existen casos como el de la literatura austriaca, en los cuales un aislamiento político muchas veces secular, proporcionó la circunstancia a partir de la cual se pudo determinar con certeza el marco de una literatura nacional. Tampoco hay dudas en relación con el hecho de que los datos lingüísticos, geográficos y políticos son muy importantes desde el punto de vista de la existencia de una literatura nacional. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro puede tenerse en cuenta cuando se estrata de dar una definición más general de este concepto.

Primeramente, echemos una ojeada al criterio lingüístico, el más aplicado frecuentemente. La clasificación de las literaturas según las lenguas, está indudablemente justificada, pues la identidad de lengua significa a priori una determinada comunidad y conduce a resultados métricos, estilísticos y poéticos similares. Pero tomemos, por ejemplo, la historia de la literatura escrita en lengua latina que puede concebirse, desde la época romana hasta el siglo XIX, como una unidad orgánica, aunque nadie la considera como nacional. Se puede hablar de literatura en lengua inglesa, francesa, española, mas, en estas lenguas convertidas hoy en lenguas mundiales, lenguas internacionales, la unidad lingüística no podría en absoluto ser considerada como una unidad nacional. Una prueba de esto nos la ofrece la literatura de los pueblos emancipados de la dominación colonial, que se desarrolla por medio de la lengua del pueblo que los colonizó y es a través de ella que se expresan las aspiraciones del pueblo a su independencia. La identidad clara y simple que revela la lengua es insuficiente para incluir esas creaciones literarias en el contexto de la literatura nacional de los ingleses o de los franceses. Si se identificara simplemente el criterio lingüístico con el criterio de lo nacional, el concepto de literatura nacional no tendría ningún sentido. No expresaría más que un pleonismo.

El punto de vista geográfico y territorial debe ser considerado aún menos como un criterio decisivo. La literatura de los Estados Unidos, desarrollada en un continente diferente a aquel en el que se da la literatura inglesa de la metrópoli, no se hubiera convertido por este único hecho en una literatura nacional autónoma y poderosa; porque de esta manera, en cualquier parte del mundo, en todas las islas que sirven de cuna a las creaciones literarias en lengua inglesa, veríamos surgir nuevas literaturas nacionales inglesas. Por otra parte, si el

principio geográfico fuera el más importante, la literatura americana y la literatura inglesa del Canadá constituirían una misma y única literatura nacional. Tampoco el particularismo político, la unidad y la independencia de un estado pueden ser las condiciones fundamentales para la existencia de una literatura nacional. La literatura nacional de los italianos, al igual que la de los alemanes, se formaron ya en la época del desmembramiento político de estos países. La literatura nacional polaca alcanzó florecimientos a pesar de la división del país y la opresión ejercida por grandes potencias diferentes, cuando, además, sus mejores escritores vivían en el extranjero. También la literatura nacional eslovaca, estaba ya formada en la época en que los eslovacos aún vivían bajo la opresión que el estado húngaro ejercía sobre sus regiones y cuando ellos no tenían todavía ninguna autonomía política.

Por lo tanto, una literatura nacional, no está automáticamente sometida a factores lingüísticos, geográficos -territoriales o políticos- estatales. Para acercarnos lo más posible a la solución, debemos considerar las literaturas nacionales como formaciones históricas especiales y complejas, como fases muy desarrolladas de la evolución de las diferentes literaturas. No es útil adoptar el punto de vista según el cual una literatura sea al mismo tiempo y a priori literatura nacional. Es evidente que después de la aparición del primer texto literario en español, en ruso, existe ya una literatura española, rusa, mas sería apenas defendible afirmar que estos vestigios arcaicos, estos monumentos primitivos constituyeron ya un testimonio de la existencia anterior de una literatura nacional española, rusa, etc. De manera semejante, sería admisible comenzar la historia de la literatura americana por los primeros documentos que hubiesen sido escritos en tierra americana, sin

embargo, en lo que concierne a esta época precoz del colonialismo, no puede hablarse de una literatura nacional americana. Es que, en conclusión, esos fenómenos iniciales habrían podido no significar nada para el futuro, y es únicamente gracias a la marcha de la historia, a la transformación de los pueblos en naciones, que las premisas pueden ser consideradas hoy como vestigios arcaicos, como gérmenes y antecedentes de una u otra literatura nacional poderosa.

Tampoco podría hablarse, en nuestra opinión, de literaturas nacionales en relación a los siglos de la Edad Media, cuando las literaturas en lengua vulgar, ricas y desarrolladas, florecían ya por toda Europa. Pues, la victoria de las lenguas vulgares sobre el latín universal y la formación de las lenguas literarias nacionales que dejaban a un lado los dialectos, no tuvo lugar hasta la época del Renacimiento. En la Edad Media, las literaturas en lengua vulgar no tenían aún apenas unidad interna, la diversidad regional era lo que predominaba, el aislamiento local era todavía muy fuerte, como consecuencia de la fragmentación feudal de la sociedad. Las ideas que penetran en la literatura, son a veces de alcance internacional, como el cristianismo o la caballería, o puramente individuales, como resultado del sistema social de dependencia personal, del culto caballescico al heroísmo individual. En estas circunstancias, las ideas nacionales apenas pueden resaltar, y las escasas declaraciones accidentales de matiz nacional expresan más bien el patriotismo estatal de determinada dinastía. La conciencia de una comunidad nacional estaba aún lejos de entrar en la literatura.

Lo que existe en el fondo de todas estas circunstancias, es que en la Edad Media todavía no se había constituido ninguna sociedad verdaderamente nacional. Esta es, en efecto, inconcebi-

ble cuando la cultura urbana no está desarrollada, cuando la burguesía consciente de sus derechos, rica y culta, falta, es decir, cuando los lazos económicos están todavía lejos de extender sus múltiples redes sobre la totalidad del país y de la sociedad. En la Edad Media, todo esto estaba en formación, y sus frutos no madurarán hasta el Renacimiento, al menos en los estados de Europa Occidental. En la mayoría de los casos, es la presencia de una economía urbana desarrollada, el advenimiento del capitalismo, al igual que los intereses de la burguesía, los que disponen la unificación del país, eliminando las particularidades regionales, y estableciendo el uso de la lengua nacional, única y oficial. Es de esta forma como las ideas nacionales, las instituciones culturales consagradas a la elaboración de la unidad nacional, las academias, las sociedades literarias, etc., al nacer en el seno de una sociedad determinada, se van concentrando cada vez más, o se esfuerzan por alcanzar la unidad.

Esta es la sociedad desarrollada, única capaz de propiciarse una vida literaria que abarque toda la nación, de formarse una conciencia literaria de rango nacional, así como de lograr una cohesión interna, sin la cual no podrá existir ninguna literatura nacional. Existen además el culto de las tradiciones comunes, las tendencias conscientes que buscan el perfeccionamiento de los instrumentos literarios y al desarrollo de sus formas, al igual que la crítica literaria. Las sociedades heterogéneas, privadas de sus fuerzas de cohesión y de conciencia propia, no son capaces de desarrollar todas estas particularidades. En consecuencia, sólo las sociedades nacionales pueden crear y asegurar las condiciones necesarias para la génesis y la consolidación de la literatura nacional.

En el caso de la generalidad de las naciones europeas, las sociedades nacionales se han formado como consecuencia de la evolución orgánica de un pueblo u otro. En las colonias, sin embargo, han sido las diversas comunidades de la población subordinada a la metrópoli, las que evolucionaron con el tiempo hacia sociedades nacionales autónomas, independizando su economía nacional y su cultura, y formándose una nueva conciencia nacional. Ha sucedido también, en algunas ocasiones, que una larga evolución política e histórica de una parte de determinado pueblo, ha conducido a la formación de una sociedad nacional diferenciada de la mayoría del pueblo en cuestión. Así sucedió en Austria.

La evolución en el transcurso de la cual una literatura de determinada lengua, o una literatura regional, logra transformarse en literatura nacional, siempre es el resultado de un proceso largo y complejo, que no puede ser delimitado por fechas precisas. El momento del viraje, el despertar de las literaturas nacionales, como acabamos de mencionar, coincide con la época del Renacimiento, y en nuestra opinión, allí donde la cultura renacentista ha precedido en su surgimiento al resto de los países, la literatura ha alcanzado rango nacional más rápidamente que en ninguna otra parte: nos referimos en particular a Italia. Quienes identifican mecánicamente el concepto de literatura nacional con el de literatura en lengua vulgar, probablemente encontrarán infundada esta afirmación, dado que la historia de las literaturas en lengua islandesa, gaélica, gallega e inglesa, comenzó cerca de medio milenio antes. Además, desde el punto de vista de la lengua, la literatura italiana muestra un relativo retraso, pues no da sus primeros pasos hasta el siglo trece, lo que ha permitido que algunos, un tanto justifica-

damente, hablen de la aparición tardía de la literatura italiana. No obstante, como consecuencia de la rápida evolución burguesa y urbana en la Edad Media, y a pesar del grave desmembramiento político, fue Italia quien conoció una formación más acelerada de su sociedad nacional, aún cuando la evolución de la misma haya sufrido después un sensible retraso. Es con el impulso nacional y burgués como la literatura italiana llega a ser literatura nacional desde el siglo XIV: Dante, Petrarca, Boccaccio, aseguraron el triunfo de la lengua vulgar, específicamente del dialecto toscano, convertido en lengua literaria de Italia, al crear una tradición nacional que no desaparecerá más, pues escribieron para todo el país, fijando de este modo la literatura italiana que desde Petrarca hasta Maquiavelo, fue un portavoz enérgico de las ideas y tendencias nacionales.

El Renacimiento vio formarse en cada nación de Europa Occidental las literaturas nacionales que sufrirían una vigorosa evolución, España, Francia e Inglaterra, se adelantaron a Italia, retrasada momentáneamente en su marcha hacia la evolución nacional. Por el contrario, en Europa Central y Oriental, el momento histórico en que aparece la literatura nacional no tuvo lugar hasta la segunda mitad del siglo XVIII. En la época renacentista se manifestaron, sin embargo, fuertes tendencias nacionales también en las literaturas polaca, croata, húngara, etc., la lengua literaria ya unificada pudo consolidarse, se emprendieron iniciativas enérgicas que condujeron a su establecimiento y utilización consciente. Pero, en esta parte de Europa, las sociedades nacionales de carácter burgués se formaron tardíamente, y por ende la literatura nacional no pudo contar con esta base o punto de partida hasta entonces. Lo que distingue de forma más evidente a la literatura húngara profundamente rica, del resto, en los siglos XVII y XVIII, es el ais-

lamiento regional y confesional, la falta de la crítica y de una vida literaria organizada, pues el latín continuaba dominando sobre algunos renglones importantes en el plano literario. Hungría, así como el resto de los pueblos del este europeo, alcanzará el nivel de las literaturas de lengua y espíritu homogéneos y orientadas hacia ciertas cuestiones, a fines del siglo XVIII. De igual modo, fue en los siglos XVIII y XIX cuando determinadas literaturas coloniales de América del Norte y América del Sur conquistaron el grado de literaturas nacionales autónomas. Además, el proceso de formación de las literaturas nacionales perdura aún en nuestro siglo: es en estas últimas décadas cuando la literatura de numerosos pueblos detenidos o retrasados en su desarrollo, alcanza el rango de nacional, paralelamente a la formación de la sociedad nacional. Este cambio se ha efectuado o bien después de la emancipación de la opresión colonial, como por ejemplo en la Unión Soviética, durante el período que sucedió a la victoria de la Revolución Socialista, o bien antes de la emancipación, como en la India o en otros casos, donde la literatura nacional también participó con eficacia en las luchas por la independencia.

La existencia de aquellas literaturas que llegan a ser nacionales en diferentes momentos, de forma distinta y que cuentan con antecedentes diversos, es, de cualquier manera, inseparable de la formación de una sociedad nacional. Nuestra tesis podría negarse con un poco de reserva allí donde se constituye una sociedad nacional moderna, la literatura nacional autónoma no tardará en desarrollarse. La excepción está representada por algunas naciones, específicamente políglotas, como Suiza, donde no hay una lengua nacional dominante cuya presencia es indispensable desde el punto de vista de una literatura

nacional. En verdad, a pesar de existir una sociedad nacional suiza, y de su rica literatura alemana, francesa, etc., apenas puede hablarse de una literatura nacional suiza, no obstante los múltiples vínculos entre ellas.

No necesitamos más que trasladar la cuestión de la literatura nacional hacia el terreno de la evolución social para comprender la problemática de determinadas literaturas, tales como la provenzal y la catalana. Cada una de ellas posee su propia lengua, sin embargo, sus literaturas, que florecieron en la Edad Media, se atrofiaron durante el Renacimiento cuando se constituyeron las naciones francesa y española, porque ni la Provenza ni Cataluña lograron establecerse como naciones separadas de Francia o de España. En el siglo XIX, edad de oro de los movimientos nacionales, las dos sufrieron una nueva evolución, dando al mundo grandes escritores, sin poder recorrer el camino de la evolución nacional por faltarle aquella condición esencial.

El acercamiento histórico y sociológico resulta particularmente útil para esclarecer ese fenómeno complejo que llamamos "carácter nacional" de las diferentes literaturas. Ese carácter nacional no es otro que el sistema de particularidades nacionales de la literatura, o sea, la suma de fenómenos que distinguen el arte de un país del arte de otro. En la época del romanticismo, se propendía a explicar los caracteres literarios nacionales, así como de toda la cultura, a través de una inteligencia nacional permanente, de un espíritu nacional considerado eterno. Hoy, ya ha pasado el momento de tales concepciones romántico-místicas y nacionalistas, mas no podemos negar la existencia de rasgos específicos que diferencian a las literaturas nacionales entre sí, y que no se limitan sólo a la

cuestión de la lengua. Sin embargo, esos rasgos específicos se manifiestan en el gusto, la temática, la esfera de las experiencias y la vida afectiva, cambian con el tiempo, se metamorfosean y se modifican, aunque se mantiene la continuidad, y aunque algunos elementos se conservarán de manera constante durante largo tiempo. Y es que múltiples factores intervienen en la formación de los rasgos propios de una literatura nacional: elementos de índole geográfica, climática, étnica, lingüística, histórica, social. El papel y la importancia de cada uno no son iguales ni en proporción, ni en intensidad. El papel que desempeñan los elementos regionales en la formación de los diversos aspectos que diferencian las culturas y las literaturas nacionales, disminuye efectivamente y de forma paralela a la separación entre el hombre y la naturaleza, lo cual se acentúa con el progreso de la técnica y de la civilización. Por otra parte, iguales circunstancias geográficas y naturales ejercen simultáneamente la misma influencia sobre la literatura de varias naciones vecinas y por lo tanto, los caracteres así constituidos manifiestan una menor individualidad. Los factores étnicos y lingüísticos, que son más importantes que aquellos, se transforman a lo largo de la historia en gran medida, se entremezclan, se ramifican, se amalgaman. Un buen ejemplo es el de la literatura húngara. El pueblo húngaro, de origen fino-úgrico, adoptó al inicio de su historia una cultura nómada de influencia turca, para integrarse seguidamente a la Europa cristiana y feudal, conservando no obstante, su lengua y su raza, y terminó por crear una literatura cuyo carácter se diferencia fundamentalmente de sus parientes étnicos y lingüísticos de antaño. Y este cambio fue la consecuencia de su evolución social, diferente de aquella que sufrieron los otros pue-

blos mencionados. De tal forma, en el carácter, en las particularidades nacionales propias de cada literatura, se refleja fundamentalmente el recorrido hecho por la nación respectiva en el curso de su historia. Este es el factor que desarrolla los rasgos distintivos de las literaturas. Existen, en efecto, naciones que hablan la misma lengua, que viven en circunstancias geográficas y naturales semejantes, pero no existen dos naciones en el mundo que posean la misma estructura social ni que hayan realizado el mismo recorrido histórico.

Después de este preámbulo, trataremos no ya de definir sino de delimitar lo que entendemos por literatura nacional. La literatura nacional es una literatura que satisface las exigencias de una sociedad nacional desarrollada, y que refleja la vida y las cosas de esa sociedad, independientemente de que ésta forme o no un estado autónomo. La literatura nacional está basada en una lengua unificada que supera los dialectos, lo que no impide que otras literaturas también nacionales puedan desarrollarse en esa misma lengua. Gracias a las circunstancias geográficas y étnicas, y sobre todo a la evolución particular de la sociedad nacional en cuestión, su literatura nacional adquirirá los rasgos específicos que la diferenciarán del resto y que evidenciarán su carácter nacional. La literatura nacional es una entidad propia, singular, que dispone de leyes dinámicas particulares también propias, diferentes en cierta medida de la evolución general de la literatura. Tiene sus propias tradiciones, produce una conciencia literaria privada, así como un orden de valores internos. La literatura nacional es el resultado de una larga evolución histórica, que señala el alto grado de perfección de una literatura aislada en una lengua o una región, así como la fase de madurez de su historia. Por ello no constituye un criterio mecánico y práctico

que sirva como medio de clasificación, ni puede verse tampoco como una noción teórica solamente: es una categoría histórica.

Cuando tratamos de definir este concepto de literatura nacional a través del método histórico, teniendo en cuenta primordialmente la evolución de la sociedad, se obtienen otros resultados, relacionados sobre todo con la historia de las literaturas.

Un procedimiento frecuente en las historias de las literaturas nacionales consiste en registrar solamente las obras escritas en la lengua en cuestión o bien en limitarse exclusivamente a resumir la actividad de los escritores que hayan vivido en el país referido. En nuestra opinión este método es erróneo y ha sido superado. Si en el trasfondo de cada literatura nacional encontramos siempre una sociedad nacional, la historia de tal literatura no podrá ser otra que la historia de la producción literaria de esa sociedad. Este es un principio de gran utilidad que sería útil aplicar también a la época anterior a la formación definitiva de la literatura nacional. A partir del momento en que renunciamos a considerar el punto de vista lingüístico como la base de la historiografía literaria nacional, se hace imposible escribir la historia medieval de cualquier literatura y excluir las creaciones en lengua latina de tal sociedad. Sabemos que en la formación de la literatura nacional, las obras en lengua latina desempeñaron un papel en ningún modo inferior al de las obras en lengua vulgar. Las primeras manifestaciones de las ideas y de la conciencia nacionales se revelaron a menudo en la literatura latina de determinado país. En la Edad Media, parcialmente en la época del Renacimiento también, y más exactamente durante el período del barroco del este europeo, ambas literaturas, la de lengua lati

na y la de lengua vulgar, sirvieron a la vez a la sociedad y expresaron sus exigencias; es este aspecto el que debemos tomar como determinante a la hora de enmarcar la historia literaria nacional.

En el análisis de la formación y de la prehistoria de las literaturas nacionales, no puede entrar estrechez de espíritu nacional alguna. El prejuicio nacionalista debe ser desterrado de nuestras investigaciones al abordar toda "propiedad nacional". Es frecuente encontrar que la actividad de algunos escritores ha sido igualmente importante para la evolución de varias literaturas nacionales, sobre todo en Europa oriental, donde no es raro ver escritores que crean en dos lenguas nacionales diferentes; y es más frecuente aún que se hayan realizado obras en latín para sociedades que abarcaban múltiples nacionalidades, las cuales, con el tiempo, se descompusieron en sociedades nacionales autónomas, que pasaron después a ser estados. Las literaturas húngara y croata tienen varios escritores en común, que escribieron en latín, y cuya actividad, de importancia orgánica en ambas, no puede ser excluida en ningún caso. Semejantes interrelaciones se han producido todavía recientemente; Franz Kafka, por ejemplo, es en última instancia un escritor austriaco, mas ninguna historia literaria alemana podría pasarse sin él. Además, aunque él no constituya un capítulo de la literatura nacional checa, sería absurdo imaginar se una historia de la literatura nacional checa que silenciara totalmente la obra de Kafka y en general, la de los escritores alemanes de Praga.

El análisis de índole lingüística nos conduce a una delimitación clara de las diversas literaturas, mientras que su aplicación consecuente desde el punto de vista nacional no nos permite establecer entre ellas una separación absoluta. Ya que hemos comenzado por definir la literatura nacional como una en

tividad, que se destaca en un peldaño desarrollado de la sociedad y se forma históricamente, es evidente que los límites a menudo también se borran, a causa de la complejidad de la vida, y de la interrelación que uno encuentra en la historia de las naciones y las sociedades. Toda particularidad nacional es peligrosa cuando se esgrime al analizar el problema de la literatura nacional. Aquel que quiera escribir acerca de esto debe liberarse de toda estrechez de miras, y de todo espíritu apolo-gético. La literatura nacional es un sistema que se forma y se transforma en la dimensión histórica, es la manera de existencia de determinada literatura, pero nunca un inventario en el cual podamos integrar o del que podamos excluir los escritores y las creaciones literarias que nos dicte un criterio nacionalista estrecho.

El carácter netamente histórico de la literatura nacional implica necesariamente la siguiente consecuencia: como la literatura nacional no ha existido siempre, no podrá ser tampoco la forma vital más importante de la literatura. La evolución de las literaturas bajo la égida del carácter nacional, alcanzó su apogeo durante el siglo XIX, cuando el nacionalismo y el romanticismo exigían de la literatura que destacara lo nacional. Esta fue la época en que se hizo más nítida la delimitación de las literaturas nacionales. Por el contrario, hoy, aún cuando está en proceso la formación de nuevas literaturas, somos testigos de otra tendencia notable: la de la atenuación de los límites nacionales entre las literaturas. El aislamiento entre ellas disminuye cada vez más, las creaciones más elevadas no solamente de las grandes literaturas, sino también de las menos ricas, encuentran rápidamente el camino hacia la literatura mundial. El rápido acrecentamiento de las traducciones, los nue-

vos medios técnicos, terminarán por acelerar las influencias recíprocas entre las literaturas nacionales. Este fenómeno se observa particularmente en el marco de un estado en el que se han unido varias naciones para formar una sola sociedad, como por ejemplo en la Unión Soviética, donde en cada literatura nacional contenida dentro del conjunto total, se va multiplicando la presencia de rasgos internacionales para establecer un vínculo entre los rasgos propiamente nacionales. Sería arriesgado querer predecir el camino de la evolución futura, pero es probable que avancemos de la época de la literatura nacional hacia esa otra de la literatura internacional y universal.

Trad. del francés: Susana Montero

Revisión: Ana Vera

Tomado de Actes du IV Congrès de l'Association Internationale de Littérature Comparée, p. 187-194